

MICHELLE RUIZ KEIL

SOMOS SERES ALADOS



FANDOM BOOKS

Título original: *All of Us With Wings*

1.ª edición: abril de 2020

© Del texto: Michelle Ruiz Keil, 2019

Publicado en Estados Unidos por Soho Teen, sello editorial de Soho Press, Inc.
Todos los derechos reservados.

© Ilustración de cubierta: Whitney Salgado, 2019

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2020

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-14-7

Depósito legal: M-3223-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MICHELLE RUIZ KEIL

SOMOS SERES
ALADOS



Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para mi abu, Luciana Ruiz Smith Dudley.
Y para Carl, mi media naranja.*

NOTA DE LA AUTORA

Este libro contiene escenas relacionadas con abusos sexuales, consumo de drogas duras y la pérdida de seres queridos. Si te provocaran malestar o hiriesen tu sensibilidad, por favor, sé consciente de ello y pausa, interrumpe o incluso abandona la lectura de esta novela si hiciera falta. A continuación, voy a explicar por qué me pareció importante incluir esas escenas.

Somos seres alados es mi primera novela. Durante años, aprendí a escribir dentro de ese San Francisco imaginario que habita entre sus páginas, con el tiempo que sustraía de mi vida cotidiana como cuidadora, alentada gracias a esa historia que portaba en secreto en mi bolsillo. Conforme pasaron los años, escribí para purificarme, para sacar a la luz esas historias que tenía ocultas.

Como superviviente de abusos y latina mestiza que soy, he lidiado durante mucho tiempo con cuestiones tales como el empoderamiento y la identidad. Aunque era una persona inteligente y prometedora, me sentí incapaz de seguir la senda convencional del instituto, la universidad y la búsqueda de empleo, ya que los efectos de mi trauma infantil se manifestaron en la adolescencia.

Durante muchos años, suspiré por una vida que parecía inalcanzable: el campus universitario cubierto de hiedra, las ceremonias de graduación con toga y birrete, la fabulosa carrera en interpretación o abogacía que mis profesores y familiares daban por hecho que emprendería. Pero, a medida que me hice mayor, comencé a ver el valor de una clase distinta de educación: la que yo

misma me había proporcionado. Tuve que encontrar mis propios ritos de paso, mi propia senda hacia la madurez. Quería escribir una historia sobre esa clase de vida, con sus alegrías y sus penas.

Al igual que Xochi, la protagonista de *Somos seres alados*, me fugué a San Francisco a los diecisiete años y me enamoré de la ciudad. Había algo en las acuarelas azules del cielo, en el tono pastel de las casas desgastado por el sol y en el brillo nacarado de la niebla que me ayudó a percibir la magia que habita en el mundo. Quería hablar sobre la faceta purificadora del arte, la música, las conversaciones largas y los trayectos en moto a toda velocidad. También sobre la librería en la que trabajé hace años, en compañía de un gato siamés tan sabio como cascarrabias.

Como hija de madre adolescente que soy, quería escribir una historia sobre padres jóvenes e hijos que aprenden los unos de los otros; quería escribir sobre lo que significa quedarte solo en el mundo a una edad en la que la mayoría de la gente sigue viviendo bajo la protección de sus padres. Quería contar una historia acerca de encontrar una familia y experimentar un amor complicado. Por último, quería escribir sobre una chica que ha sufrido abusos sexuales y que se esfuerza para recuperar tanto su potestad como su placer.

Escribir un libro así resultó ser un viaje difícil y peligroso. Cuando me sentí perdida durante el primer borrador, me topé con un relato de los Hermanos Grimm titulado «La doncella sin manos», un cuento de hadas que sirve como mapa de ruta para recuperarse de la peor de las traiciones. Mientras me documentaba sobre el nombre de Xochi —que significa «flor» en náhuatl—, conocí la existencia de la diosa azteca Xochiquétzal, patrona de los amantes, los tejedores y las prostitutas, que vive en un edén exuberante donde los vientos impulsan centelleantes cuchillos de obsidiana y los árboles sangran cuando les arrancan sus flores enjoradas.

También descubrí con perplejidad que, al igual que mi Xochi, la historia de la diosa incluye perforaciones en la lengua. En *Somos seres alados*, este acto genera un espacio para que la magia

acceda al mundo convencional. Durante la celebración del Día de Xochiquétzal, los devotos se perforan la lengua y se hacen pasar una pajita sanguinolenta tras otra, una por cada uno de sus pecados, para luego emerger purificados, perdonados. Libres.

Este episodio de sincronicidad me hizo preguntarme qué hace falta para que los supervivientes de un abuso recuperen su poder y si los perpetradores pueden llegar a enmendarse. Quería explorar las maneras en que tan a menudo causamos dolor a los demás, sin pretenderlo, mientras cometemos los errores necesarios para madurar, y lo compleja que se vuelve esa dinámica para los supervivientes a medida que creamos edenes imperfectos llenos de puñales, sangre, poesía y familias recién encontradas.

También descubrí leyendas procedentes de todos los rincones del mundo sobre unas criaturas temibles y poderosas, del tamaño de un niño, que custodiaban ríos, lagos, bosques y manantiales termales. En el peligro y el poder que manaban de esos seres, percibí una senda para que nuestros maltrechos cuerpos conectasen con la energía de la tierra, una forma de trazar un paralelismo entre el maltrato de niños y mujeres y la degradación del planeta en sí mismo.

Pero, por encima de todo, quería contar mi historia y la de los demás jóvenes perdidos a los que he conocido y apreciado.

El maltrato puede conducirnos a la autodestrucción. A veces, nos culpamos y queremos hacernos daño.

Puede provocar que nos sintamos cómodos en situaciones peligrosas porque nos resultan familiares.

Puede conducirnos a hacer cosas peligrosas porque necesitamos un respiro y queremos sentirnos bien.

A veces, podemos evitar el peligro eludiéndolo.

Pero cuando eso no es posible, es preciso vencerlo, sortearlo, sobrevivir a él.

Puesto que *Somos seres alados* es esa clase de historia, los personajes a veces cometen errores. Incluye sexo, consumo de drogas y peligros muy palpables, tanto físicos como emocionales.

Pero también hay espacio para la redención, un hilo que nos guía hacia la salida del laberinto.

Al final, escribí *Somos seres alados* para esas chicas que son muy inteligentes, pero no van a la escuela porque la vida se interpuso en su camino. Para esos chicos mestizos que ya están hartos de la sempiterna pregunta: «¿Qué eres?». Para los que no tienen padre ni madre. Para los marginados. Para los que se refugian en el mundo de los sueños. Para los que gritan y arrojan piedras. Para los que sobrevivieron y recuerdan cómo pasó.

Para todos aquellos que crecimos demasiado rápido sin contar con nadie más que nosotros mismos.

Quiero que sepáis que todo lo que hicisteis fue para sobrevivir.

Y lo lograsteis. Estáis aquí, leyendo estas palabras.

Sois fuertes. Y hermosos.

No puedo veros, pero sé que estáis ahí.



I.

*Profundo es el reposo de los dos hermanos
Cogidos de la mano, con el pelo entrelazado
Están soñando con la primavera.*

*Sueñan con música
Sueñan con una chica
Con lágrimas
Cálidas y melosas.*

*El barro se agita
El sueño los lleva a la deriva
Miel, calor, primavera y lágrimas.*

*La Tierra expira su aliento como una fumarola
¿Cuánto tiempo llevarán durmiendo en su nido acuático?
Burbujas de litio, más ligeras que el aire.*

*Ojos abiertos, brillantes como obsidiana
¿El canto de un ave?
¿El restallido de un trueno?*

*Juntos, sienten
Juntos, escuchan
Juntos, de la mano, empiezan a levantarse.*





TODAS LAS FIESTAS FUTURAS

Pallas se sentó de costado sobre la encimera de la cocina, con los botines de terciopelo apoyados con delicadeza sobre el hondo fregadero de porcelana. Con la nariz pegada a la ventana, contempló con el ceño fruncido el inmenso cíclope que avanzaba sin descanso hacia Eris Gardens, iluminando con su único faro funcional la cochera y el empinado sendero de grava.

—Se supone que nadie puede aparcar ahí detrás —dijo—. ¿Es que no saben leer?

—A lo mejor están tan cansados que no se han dado cuenta —bostezó Xochi—. ¿A quién se le ocurre montar una fiesta a medianoche?

—Es una posfiesta. —Pallas trazó una «P» de lo más estilosa con el vaho que formó su aliento sobre la ventana—. Medianoche es el momento perfecto para esas cosas.

—Medianoche es el momento perfecto para irse a la cama. —Xochi apuró el resto del café.

—Para ti, tal vez.

Pallas nunca había tenido hora para irse a la cama, ni siquiera de muy pequeña. Y menos ahora, que tenía casi trece años.

—Te empeñas en decir que no tienes madera de institutriz —añadió con una risita—, pero anda que no eres estirada y regañona.

Xochi puso los ojos en blanco y alargó el brazo por encima de Pallas para descorrer la cortina de encaje. El tubo de escape del coche escupía una humareda que semejaba un banco de niebla.

—¿A quién se le ocurre venir en un coche fúnebre?

Pallas suspiró. Tenía una idea bastante concisa sobre la identidad de las propietarias de ese vehículo tan funesto.

—Hay gente a la que le pinchan una canción en la radio o que telonea a Lady Frieda un par de veces y, de repente, se cree con derecho a aparcarse donde le dé la gana.

Pallas contuvo el aliento mientras ese mamotreto herrumbroso pasaba dando tumbos junto a la colección de motocicletas antiguas que estaban aparcadas detrás de la cocina, hasta que se detuvo con una sacudida. Se abrieron cuatro puertas de las que emergieron cinco chicas. Parecían una hilera de muñecas de papel, recortadas siguiendo el mismo patrón: todas eran pálidas y delgadas, con largos vestidos blancos de muselina y melenas rubias que les llegaban hasta la cintura. Entraron en fila india sin llamar y atravesaron la cocina sin mediar palabra. La última le dirigió un ademán de cabeza a Pallas —un gesto que tal vez fuera un saludo— y siguió a las demás hacia el pasillo.

«Qué bordes», pensó Pallas. Pero lo que ocurre es que estaban resentidas. Ese aquelarre de colegialas zombis y advenedizas se había pasado todo el verano anterior intentando infiltrarse en Eris Gardens. No tardaron en aprender la lección: acostarse con los miembros del grupo no te convertía en parte de la familia. Pallas se bajó de la encimera y aterrizó con un golpe seco.

—Ostras —dijo Xochi—. ¿Esas acaban de salir de una secta o qué?

—Solo son una banda de música. *Filles Mourantes* —respondió Pallas—. Chicas Muertas. Cantan en un idioma inventado y no comen nunca. Quieren que la gente crea que son vampiras, o parisinas, o algo así.

Pallas no tenía intención de admitir que en el fondo tocaban bastante bien. Resultaba más sencillo hacer la vista gorda con aquellos que intentaban compensar la falta de talento con actitud, pero esas chicas tan guapas y talentosas no tenían excusa para ser tan groseras.

—El caso es que son preciosas —dijo Xochi—. Y llevan unos vestidos geniales.

—Bah. Tú eres mucho más guapa. —Pallas abrió la nevera de tamaño industrial, el único artilugio moderno que había en esa cocina tan grande y ventosa, y sacó una bandeja de *sushi* y un cuenco de fresas bañadas en chocolate. La comida oficial del equinoccio—. Y el peinado te queda genial, sobre todo con ese vestido. Me alegra que nos hicieras caso a Kiki y a mí.

Xochi se tocó el cuello recién expuesto.

—¿No es demasiado corto?

—¡Pues claro que no!

Kiki, la madrina de Pallas, le había hecho un corte perfecto a Xochi. Y eso después de sacar, como por arte de magia, un vestido estilo años veinte, de color rosa palo, cuando Pallas dijo que le preocupaba que Xochi no tuviera nada bonito que ponerse para el concierto. El vestido era de Io, la madre de Pallas; había adelgazado tanto que le quedaba grande, pero a Xochi le sentaba de maravilla. Le daba mucho glamur.

Como si fuera una institutriz de cuento, Xochi procedía de un lugar pequeño y anodino donde lo más emocionante que sucedía eran los pícnic y los bailes escolares. Aunque ya casi tenía dieciocho años, nunca había asistido a un concierto de verdad, y menos aún a la fiesta posterior.

Pallas suspiró. Sería egoísta por su parte mantener a Xochi encerrada en el desván, leyendo toda la noche. Inspiró hondo y dijo:

—Si quieres, puedes quedarte aquí abajo y ver cómo va la fiesta.

—Creía que íbamos a acabar de leer *Villette*.

La idea de turnarse para leer sus libros favoritos había sido de Pallas, que eligió *Villette* porque la protagonista era una institutriz. Xochi solía meterse tanto en la historia como ella. Pero, esa noche, su voz delató un minúsculo deje de reticencia.

Antes de que Pallas pudiera responder, se oyó un aullido consternado procedente del patio.

—¿Más vampiros? —Los ojos de Xochi se habían vuelto más brillantes, tal y como pasaba siempre, cuando se hacían notar los efectos del café.

—Esta vez no. —Pallas se apresuró a abrir la puerta trasera—. Solo es un gato siamés viejo y cascarrabias.

Guisante entró en la cocina con su gesto habitual de suficiencia. Pallas se agachó para acariciarlo.

—Espera un momento —dijo Xochi—. ¿Ese no es el gato de la librería?

Pallas no pudo contener la risa al ver la cara que puso su amiga.

—Viene a hacerme compañía durante las fiestas.

Guisante pasó correteando junto a Xochi y se encaramó a la encimera, sospechosamente cerca de la bandeja tapada con el *sushi* para la fiesta.

—¡Ni lo sueñes! —Pallas lo cogió en brazos y lo volvió a dejar en el suelo. El gato meneó la cola—. Nora te ha prohibido el *sushi*, te produce gases.

Guisante se relamió el hombro con desdén, visiblemente ofendido.

—Nora... es la dueña de la librería, ¿verdad? —Xochi frunció el ceño—. ¿Está al corriente de estas visitas?

—Pues claro —respondió Pallas, acariciando el hocico aterciopelado de Guisante.

—Pero ¿cómo se entera el gato de que va a haber una fiesta?

—Se lo digo yo —respondió Pallas.

La puerta principal se abrió de golpe. Risas. Voces. El traqueteo de unos instrumentos musicales. El caos estaba a punto de empezar. Pallas se preparó para lo que se avecinaba. Aunque no estaría tan mal, ahora que contaba con la compañía del gato.

Fingió un bostezo enorme, metió unas cuantas piezas de *sushi* en su caja *bento* de Hello Kitty y se quedó mirando a Guisante, su mejor y más antiguo amigo.

—Acompáñame arriba, comilón. A lo mejor te dejo un trozo de pescado. —Y a Xochi le dijo—: No habrá quien lea cuando empiece la música. ¿Por qué no vas a repasarte el pintalabios? Deberías experimentar el caos en toda su plenitud al menos una vez. Por la mañana, te diré que te lo avisé.

Xochi achicó los ojos.

—¿Estás segura?

Ahora fue Pallas la que puso los ojos en blanco. Pues claro que estaba segura. ¿Verdad? Siempre le había encantado la sensación de estar a solas en su dormitorio del desván durante una fiesta. Se imaginaba que su cama era un barco en mitad de una tormenta o la casa de Dorothy sumida en el tornado que la dirigía hacia Oz. Sin embargo, cada vez le costaba más imaginarse esas cosas, aunque no sabía por qué.

—¡Claro que estoy segura! Me echaré a dormir y punto.

Volvió a bostezar, esta vez de verdad. Estaba muy cansada. Y tenía ganas de soledad, como diría su madre.

Desde algún punto situado en la parte delantera de la casa, un altavoz soltó un chirrido estridente que provocó que al gato se le erizara el pelaje.

—¿Vas a poder dormir con tanto jaleo?

Pallas se encogió de hombros.

—Tengo tapones. He pasado por esto desde que era un bebé. Cada solsticio y cada equinoccio, en la noche de Samaín y en el día del Buenfuego... Primero un concierto, después un festón. Ya me lo sé de memoria.

—A lo mejor me asomo un rato...

Xochi ya se estaba sacando del bolsillo de la cazadora de cuero el pintalabios rojo que le había dado Kiki. Estaba preciosa con su piel cálida y morena y sus bucles aterciopelados. Era la clase de chica que había nacido para llevar vestidos estilo años veinte, medias de rejilla, botas militares y chupas de cuero.

—Vamos, Guisante —dijo Pallas, dirigiéndose a la escalera del desván.

Se mordió el labio para contener unas lágrimas absurdas. No había motivos para disgustarse. Ese equinoccio era como todos los demás..., salvo por la presencia de Xochi. Pero, ahora que ella iba a asistir a la fiesta y que Pallas se había quedado sola, todo volvía a ser como siempre.



RITO DE PRIMAVERA

Xochi se detuvo en lo alto de la majestuosa escalera para contemplar la fiesta que se extendía ante ella. Los asistentes combinaban sus coronas de flores silvestres con andrajosas prendas de picnic victorianas o ropajes negros que semejabán telarañas, con los ojos pintados como la realeza del antiguo Egipto. No estaba sonando la música de Lady Frieda, pero sí algo procedente de la misma sección de la tienda de discos: una melodía hipnótica, oscura y aterciopelada, la banda sonora propia de un sueño.

Xochi se tocó la rosa que llevaba en la oreja, extraída del cubo de flores sobrantes que había en la cocina. En medio del barullo, atisbó unos rizos rosas que le resultaron familiares y un centelleante vestido sirena plateado. Tenía que ser Bubbles. Se estaba riendo, como siempre, rodeada de chicos. Hizo una pausa para abrazar a un tipo alto y con el pelo oscuro, que acercó los labios a su oreja. La luz estroboscópica le iluminó el rostro: era Leviticus, el padre de Pallas. Sin corona, su cabello largo y ondulado estaba humedecido. Debía de haberse duchado después de la actuación. Antes, esa misma noche, subido al escenario con su guitarra, su presencia se había convertido en el centro de gravedad, su voz en un sustitutivo del aire en aquel teatro *art déco* lleno hasta la bandera. Ahora, en mitad de la multitud, pasaba desapercibido.

En una ocasión, Xochi había leído algo acerca de Marilyn Monroe, sobre su capacidad para encender y apagar su carisma a su antojo. Daba la impresión de que Leviticus poseía el mismo

poder, mientras fluía impulsado por su propia y sosegada corriente, como un río dentro de otro. Xochi se quedó mirándolo hasta que su camiseta negra desapareció entre el gentío.

Antes de conocer a Pallas, Xochi nunca había oído hablar de Lady Frieda. Puede que no se hubiera mudado allí de haber sabido que la banda era algo más que «un grupo llamado así por una aristócrata británica que pintaba cartas del tarot», que «tocaban un *art rock* sombrío que sonaba bastante bien» y que eran «conocidillos».

Después de verlos actuar por primera vez aquella noche, estaba claro que eran algo más que «conocidillos». En cuanto a lo de que «sonaban bien», decir eso era quedarse cortos... Estaban al nivel de Bowie, de Patti Smith. Jugaban en primera división.

Desde el momento en que Xochi conoció a Pallas dos meses atrás —una niña solitaria que comía regaliz negro en el acuario Steinhart, el día que la entrada era gratuita—, se sentía como si estuviera viviendo el cuento de hadas de otra persona. «Érase una vez un castillo blanco en lo alto de una colina verde, con vistas a una ciudad costera». Y aquella noche, incluso se celebraba un baile.

Xochi giró el cuello, se le había quedado agarrotado de tanto menearlo durante el concierto. ¿Cuándo fue la última vez que bailó? ¿De verdad fue durante la fogata posterior al velatorio de su abuela? Se tocó la garganta, donde un par de colibrís tallados en jade sostenían un ópalo reluciente entre sus picos. Había sido el collar favorito de Loretta. Xochi rara vez se lo quitaba.

Se oyeron risas procedentes de la fiesta. Seguro que el cielo en el que se encontrara Loretta se parecía mucho al caos fluctuante del salón de fiestas de ahí abajo. A Loretta le encantaban las fiestas. Lo celebraba todo: la luna llena, un anochecer perfecto, el primer día del otoño... Ojalá hubiera podido escuchar a Lady Frieda, al menos una vez.

La música cambió, se tornó intensa y descarada, con una línea de bajo tan grave que Xochi la percibió en el coxis. Reconoció aquella canción, que había sonado durante el concierto: era una

versión de los Beatles interpretada por Lady Frieda. El ritmo se desató, desmelenado, poniendo a funcionar sus caderas. A Loretta le habría encantado. «Déjate de cuentos y ponte a bailar», solía decir. Y también: «Busca siempre tu mejor versión, muñeca».

Ya en el salón de baile, Xochi cerró los ojos y se dejó llevar por la marea de cuerpos mientras Lady Frieda cantaba acerca de montárselo en la carretera. Unos brazos la agarraron por la cintura. Era Bubbles, cuyos bucles de color rosa eléctrico rebotaban alrededor de unos ojos del color del ron con cola. A sus veinticuatro años, era el miembro más joven de la banda y aseguraba que los demás se volvían cada vez más aburridos a medida que se aproximaban a la treintena.

Bubbles agarró a Xochi de la mano y tiró de ella hacia la maraña de gente que rodeaba al DJ. El único rostro conocido era el de Pad. Xochi se sorprendió al ver su eficiencia durante el concierto, ocupándose de todo entre bambalinas con su libreta y su *walkie-talkie*. Ahora había recobrado su apariencia meramente ornamental, con su corona de lilas y hiedra, su cabello oscuro cortado al rape y sus ojos azules como arrendajos, con el tatuaje de una mujer pez en el antebrazo que lanzaba una advertencia que la mayoría de las chicas pasaban por alto: cuidado con los cantos de sirena.

El día que Xochi se mudó allí, Pallas se aseguró de decírselo: «Ten cuidado con Pad, es un poco crápula». Xochi ya lo había comprobado por sí misma casi todas las mañanas, al amanecer, cuando Pallas la sacaba a rastras de la cama y la noche apenas acababa de terminar para Pad, con un desfile de chicas bonitas desde su dormitorio hasta la puerta principal.

—¡Feliz equinoccio! —Pad abrazó a Xochi; era la primera vez que lo hacía—. Esta noche estás preciosa, cielo. ¿Te has cortado el pelo?

Alargó el brazo para tocarle el pelo, rozándole la clavícula con la muñeca. Su deje irlandés se había acentuado. Según Pallas, era un indicio claro de que o bien estaba borracho o flirteando.

—Ha sido Kiki.

—Vaya, eso lo explica todo. Esa chica es una experta.

—¿Y qué me dices de ti? La puesta en escena fue increíble. ¡Y menudas luces! No sabía que tuvieras tanto talento.

—No le hagas la pelota, Xochi —dijo Bubbles—. Ya se lo tiene bastante creído.

—¡Me ofendes! —Pad se llevó una mano al corazón—. En serio, soy muy inseguro. Por eso necesito tanto que me animen.

Aquello iba dirigido a la chica que tenía al lado. Alta y arrogante, se parecía a las demás con las que Xochi se había cruzado en el pasillo, junto al dormitorio de Pad, casi todas las mañanas. «Mis pequeños ponis», las llamaba Pallas, igual que los caballitos de juguete y larga melena que coleccionaba de pequeña.

Un chico pálido y esbelto, con una cresta de color lavanda y una media luna azul tatuada en la frente, emergió de entre el gentío con una pipa de agua chapada en oro. Se la entregó a Pad, junto con un beso en la mejilla, y volvió a adentrarse danzando entre la multitud.

—¿Eso es una cachimba? —preguntó Xochi.

Pad dio una calada y se la pasó a Bubbles.

—Así es —respondió—. Aunque una institutriz no debería saber esas cosas, ¿no crees?

—Depende de la institutriz —repuso Xochi.

Pad se rio y el «pequeño poni» frunció el ceño.

—Es hachís —dijo Bubbles—. Con un poco de tabaco.

Al haberse criado en una granja de marihuana, Xochi estaba acostumbrada a inspirar los efluvios de maría ajenos. Las pocas veces que la había consumido a propósito, le había sentado fatal. Pero el humo de la cachimba olía bien y no era yerba exactamente.

Xochi se acercó el tubo a la boca mientras Bubbles se agachaba para encender el recipiente. Iba por la mitad de la calada cuando el humo cambió de dirección, emergiendo de los pulmones de Xochi en medio de un ataque de tos. Riendo, Pad le dio su cerveza.

—Tienes que ir más despacio. Toma.

Bubbles dio una calada y acercó sus labios a los de Xochi, expulsando suavemente el humo hacia su boca. Xochi no había besado nunca a una chica..., aunque eso tampoco podía considerarse como tal. Pero no podía pasar por alto el roce de esos labios carnosos y la suavidad de esa mano en la nuca. El aliento de Bubbles había templado el humo. Se deslizó por la garganta de Xochi como un trago de agua.

—Así mejor, ¿verdad?

El humo penetró en los músculos agarrotados de su cuello y sus hombros, dejando un hormigueo agradable y refinado a su paso.

—Mucho mejor.

El hachís era diferente a la maría, pero parecido. A esa flojera en las extremidades que ya conocía, había que sumar una chispa añadida, un puntito psicodélico. La primera oleada del colocón impactó con suavidad, pero fueron llegando más. La música estaba muy alta. Los latidos de su corazón competían con el martilleo de los graves.

—Enseguida vuelvo —le dijo a Bubbles.

—¿Estás bien? —Bubbles deslumbraba demasiado, con sus lentejuelas y sus ojos cobrizos.

—Sí —respondió Xochi—. Solo necesito un poco de aire.

La ansiedad se extendió por su cuerpo al ritmo de la música, convertida ahora en un desenfadado trallazo de surf-punk. Los bailarines habían cambiado el ritmo por el contacto, chocando unos contra otros como perros en el parque. Xochi se abrió camino hasta el vestíbulo y se topó con los fumadores, que abarrotaban el porche delantero y las escaleras.

Hacía una noche inusualmente despejada, con unas estrellas gélidas y una luna casi llena. Pasó junto a las casas de color pastel que bordeaban la calle como si fueran las cuentas de un collar de caramelo. Las farolas delataron la presencia de algún que otro murciélago ocasional.

La brisa levantó la fina tela del vestido de Xochi. Debería sentir frío, pero no era así. Lo que sí tenía era hambre. Decidió regresar y comer algo. Luego se iría a la cama.

Entonces se detuvo. ¿Cuánto tiempo llevaba caminando? Si estaba cerca del parque, Eris Gardens no podía quedar lejos. Pero... un momento. Aquello no era Buena Vista. Era un parque distinto, uno que no había visto antes. Su táctica habitual de montarse en un bus y pedir al conductor que la orientara resultaba inútil a esas horas de la noche. Giró en círculo sobre sí misma. Continuar colina abajo era el único movimiento lógico. Reanudó la marcha, tiritando esta vez. Tendría que haber cogido una chaqueta.

Oyó el bar antes de verlo, acurrucado entre dos desvencijadas casas victorianas, con su fachada de bloques de hormigón teñida de rojo por un centelleante letrero de neón. Había un tipo en la puerta, fumando, mascullando, mirando al suelo.

No. Al suelo no. La estaba mirando a ella, pero no a la cara. Xochi se cruzó de acera.

—Eh, princesa —le espetó con voz ronca. La palabra se filtró por un lateral del cigarro que sostenía en los labios mientras alzaba la mirada, posada ahora sobre el pecho de Xochi—. ¿Dónde está tu novio?

Xochi apretó el paso. El final de la manzana se encontraba a unos pocos pasos de distancia.

—Eh, te estoy hablando, zorra. No me obligues a salir detrás de ti.

Xochi pretendía seguir andando, interponiendo metros de acera mugrienta entre ella y la repulsiva amenaza de ese tipejo, pero el aire era demasiado denso, el suelo se había vuelto inestable y se ladeaba.

La parte racional de su ser emergió de su cuerpo y planeó bajo la farola, manteniéndose alejada de las figuras que había debajo: la de ella, con su fino vestido salpicado de cuentas, y la de él, con una roñosa cazadora del ejército y unos vaqueros cubiertos de manchas. Se vio a sí misma darse la vuelta y retroceder hasta situarse frente a él, desde el otro lado de la calle.

—Repíte eso —exclamó, con una voz irreconocible—. Dímelo a la cara.

¿Qué pretendía conseguir con eso? Le bullía la sangre y se le erizó la piel, humedecida a causa de algo que debía de haber sido miedo.

—Chiflada de mierda. —El tipo se rio y arrojó el cigarro a medio fumar a la alcantarilla—. Vuélvete al manicomio, zorra.

Después retrocedió, escupió y empujó la maltrecha puerta del bar. Se abrió de par en par, vomitando humo y *speed* metal, mientras el tipo se adentraba en sus oscuras y malolientes entrañas.



HARÍA CUALQUIER COSA POR PRESERVAR SU NUEVA VIDA

A sus diecisiete años, Xochi vive sola en San Francisco, huyendo de su doloroso pasado: la madre que la abandonó y el hombre que la violó. Un día conoce a Pallas, una niña de doce años muy madura para su edad que vive con su familia de estrellas del *rock* en una mansión victoriana que parece de cuento. Xochi acepta un puesto como institutriz residente de Pallas y no tarda en hallar su sitio en el unido núcleo familiar de la niña, que se basa en la filosofía del amor libre y la camaradería, y en participar con ellos en las fiestas donde la joven se asoma al mundo de las drogas, el sexo y el alcohol.

Durante la noche del equinoccio, mientras se celebra una fiesta salvaje en la casa después de un concierto, Xochi y Pallas realizan un ritual para divertirse, pero invocan sin querer a una pareja de seres ancestrales, decididos a enmendar las injusticias del pasado de Xochi.

«Una historia fascinante acerca de encontrar magia en lo mundano y esperanza en lo desconocido. Repleta de peligros vertiginosos y música electrizante».

Ruth Ozeki, autora de

El efecto del aleteo de una mariposa en Japón



5500011

ISBN 978-84-18027-14-7



9

7 8 8 4 1 8 0 2 7 1 4 7



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es